

SEISHU HASE

El chico y el perro

Traducción del japonés
de Gabriel Álvarez Martínez



Duomo ediciones

Barcelona, 2022

Índice

I. El hombre y el perro	9
II. El ladrón y el perro	55
III. El matrimonio y el perro	95
IV. La prostituta y el perro	141
V. El anciano y el perro	183
VI. El chico y el perro	223

I.

El hombre y el perro

1

Había un perro en una esquina del aparcamiento. Parecía que llevaba collar, pero no estaba atado con correa. Quizá su dueño había ido a comprar algo y él lo estaba esperando. Se notaba que era un animal inteligente, pero estaba demacrado.

«¿Será de alguna víctima?», pensó Kazumasa Nakagaki mientras aparcaba.

Había pasado medio año desde el terremoto. Las personas que habían perdido su hogar a raíz del seísmo y el posterior tsunami seguían forzadas a vivir en refugios. Había oído que algunos de los afectados pasaban la noche en el coche con sus mascotas, dado que allí no se admitían animales.

Kazumasa entró en la *konbini* y compró café, un bollo y tabaco. Se preparó la bebida en el rincón de autoservicio, salió a la calle y encendió un cigarrillo al lado del cenicero de exterior. Abrió el envoltorio del bollo y, entre calada y calada, le pegaba algún mordisco al dulce.

El perro seguía allí. Miraba a Kazumasa fijamente.

—Ahora que lo pienso...

Ladeó la cabeza, dubitativo. Dentro del local no había ningún otro cliente. El único coche aparcado era el suyo.

—¿Tu dueño está en el baño? —le preguntó al perro, que reaccionó a la voz acercándose a él.

Guardaba cierto parecido con un pastor alemán, aunque era un poco más pequeño, con las orejas y el hocico alargados. Quizá fuese una mezcla de un pastor alemán y otra raza.

El perro se detuvo justo delante de Kazumasa. Levantó el hocico e hizo un gesto como si olfateara. No era el olor del cigarro lo que husmeaba.

–¿Esto?

Kazumasa tendió el bollo hacia el animal, que babeaba.

–¿Tienes hambre?

Pellizcó un trozo, lo puso en la palma de la mano y fue acercándolo al hocico del animal. Este, tras olfatear el pedazo de bollo, se lo comió lentamente.

–Claro. Debes de tener hambre. Espera un momento.

Kazumasa apagó el cigarro, dejó el vaso de café sobre el cenicero y volvió a entrar en el establecimiento. Se metió lo que quedaba del bollo en la boca. Luego compró una golosina para perros etiquetada como «cecina de pechuga de pollo». El animal lo seguía con la mirada a través de la ventana.

–¿Ese perro tiene dueño? –le preguntó al empleado mientras este tecleaba en la caja registradora.

Echó un vistazo afuera, pero enseguida puso cara de haber perdido el interés.

–No lo sé. Ha estado ahí toda la mañana. Luego llamaré a la perrera.

–Ah, bueno...

Cogió la cecina y volvió al cenicero de exterior. El perro movía la cola.

–Toma, come.

Rasgó el envoltorio, sacó una tira de cecina y se la acercó al animal. El perro la devoró en un abrir y cerrar de ojos. Y otra. Y otra más. Y la última. No tardó ni cinco minutos en acabárselas.

–Pues sí que tenías hambre, ¿eh?

Kazumasa estiró el brazo y le acarició la cabeza. El perro simplemente miraba, sin ponerse en guardia ni recrearse en las caricias.

–Déjame ver.

Kazumasa acercó su mano al collar. Era de cuero. En la placa había algo escrito.

–¿Tamon? ¿Así es como te llamas? Vaya nombre más raro.

Creía que figuraría la dirección o el número de teléfono del dueño, pero no había más que el nombre del animal.

Encendió otro cigarrillo y le dio un sorbo al café. El perro –Tamon– no se apartaba de él. No le pidió más comida ni caricias; simplemente, permaneció a su lado. Como si considerase el hecho de quedarse ahí una muestra de gratitud por haber recibido la cecina.

–Tengo que marcharme –le anunció a Tamon al terminarse el pitillo.

De camino al trabajo, le había entrado el hambre y se había acercado a la *konbini*. La antigua fábrica conservera en la que había trabajado hasta antes de la catástrofe quebró con el terremoto. Tras sobrevivir una temporada con sus escasos ahorros, por fin había encontrado un empleo. No podía permitirse que lo despidieran.

Se subió al coche y colocó el café en el posavasos. Encendió el motor y metió la marcha atrás.

Tamon seguía quieto cerca del cenicero, mirando a Kazumasa.

«Luego llamaré a la perrera». Volvió a oír la voz del dependiente.

Si se lo llevaban a la perrera, ¿qué iba a ser de él?

Nada más hacerse esa pregunta, Kazumasa se echó sobre el asiento del copiloto y abrió la puerta.

–Sube.

El perro corrió y se subió al vehículo de un salto.

–Pero te quedas quieto, ¿me oyes? Y ni se te ocurra mear.

Tamon se tendió sobre el asiento con cara de llevar allí ya un buen rato.

* * *

–¿Y ese perro?

Numaguchi dirigió una hosca mirada al asiento del acompañante mientras contaba el dinero. Tamon miraba a Kazumasa.

–Es mi nueva mascota –le contestó.

–¿Ahora te puedes permitir criar un chuchó?

Numaguchi volvió a meter los billetes en el sobre y se llevó un cigarro a los labios. Kazumasa sacó enseguida el mechero.

Aunque Numaguchi era mayor que él, habían ido al mismo instituto. Conocido ya entonces por ser un gamberro, al terminar la secundaria anduvo dando tumbos por los bajos fondos de Sendai en vez de buscarse un trabajo decente. Pese a no pertenecer oficialmente a la Yakuza, actuaba con arreglo a los mismos principios. Ahora se dedicaba a la compraventa de objetos robados.

Cuando Kazumasa empezó a quedarse sin ahorros, fue a lloriquearle y Numaguchi le dio un trabajo de repartidor.

–Es una larga historia... –Kazumasa eludió la pregunta. De haberle dicho que lo había recogido en pleno reparto, se habría comido un puñetazo.

–Ya, bueno, todavía no ha pasado ni medio año. No me sorprendería que algún familiar o conocido no se pudiera hacer cargo del animal.

Numaguchi expulsó el humo del cigarro mientras se desentumecía el cuello. Se hallaban en un polígono industrial

cercano al aeropuerto de Sendai. Hacia el este se divisaba el océano Pacífico. Antes del terremoto, allí se erguían edificios, unos más grandes, otros más pequeños; pero el tsunami lo había arrasado todo.

–Esta zona está mucho mejor que hace medio año, pero todavía le falta.

Habían arreglado las carreteras deformadas, socavadas y cubiertas de escombros, pero la reconstrucción de los edificios apenas había avanzado. Aquel almacén alquilado era antes propiedad de una compañía de transporte. Lo que había oído era que, durante una mala racha por falta de trabajo, Numaguchi habló con la empresa y se lo alquilaron a buen precio.

–A ver si lo adiestras para que ladre cuando se acerque la pasma –dijo Numaguchi.

–¿Eso se puede hacer?

–Claro que sí. Dicen que los perros son muy listos.

–Entonces voy a probar.

–Eso. Tengo que pedirte un favor, por cierto.

–¿Qué favor?

–¿Te apetece hacer un trabajillo para ganar algo más de dinero? Antes participabas en carreras de karts en SUGO, ¿no?

–Eso era de chaval –le contestó Kazumasa.

Hasta la secundaria, los fines de semana se iba al circuito SUGO a montar en kart. Su sueño era ser piloto de Fórmula 1, pero alguien le hizo ver que no tenía talento y tiró la toalla. Fue durante el verano del tercer curso de secundaria. Desde entonces, no había vuelto a agarrar el volante de un kart.

–Lo que bien se aprende tarde se olvida, hombre. El otro día, Suzuki quedó alucinado. Lo llevaste en coche, ¿te acuerdas?

–Sí.

Suzuki era como si fuera el hermano pequeño de Numaguchi. Dos semanas antes, lo había llevado desde el almacén hasta la estación de tren de Sendai.

–Me ha dicho que aceleras y tomas las curvas con tanta suavidad que esa cafetera parece un Rolls Royce.

Sin saber qué decir, Kazumasa se rascó la cabeza.

–Se te da bien conducir en general, no solo los karts.

–Bueno, supongo que conduzco mejor que la media.

–Pues me gustaría que pusieras esa técnica a mi servicio.

–¿En qué consiste el trabajo?

Numaguchi lanzó la colilla.

–Me han pedido que le eche un cable a una banda de ladrones extranjeros y no he podido decir que no.

–¿Una banda de ladrones?

–No hables tan alto, idiota.

Kazumasa recibió una colleja y cerró la boca.

–Tendrías que llevarlos a su escondrijo una vez terminado el trabajo.

Kazumasa se pasó la lengua por los labios. Una cosa era repartir objetos robados y recoger el dinero, algo que podría justificar diciendo que desconocía su procedencia, y otra muy distinta subirse en un coche con unos ladrones que acababan de dar un golpe. Si lo pillaban, lo acusarían por complicidad.

–Que sepas que es mucho dinero.

Numaguchi formó un círculo con los dedos índice y pulgar de la mano derecha.* Al otro lado de ese círculo le pareció ver el rostro de su madre y su hermana.

–¿Me dejas que lo piense?

* Gesto japonés para indicar dinero. (*N. del T.*)

–Vale, pero no te eternices. Quiero una respuesta antes de que acabe la semana.

–De acuerdo.

Kazumasa desvió la mirada hacia el coche. Tamon, quieto como una estatua, lo observaba.